C

¿Acaso duermen las violetas?

Despertar deben, su trabajo les requiere,
tienen que servir al viajero exhausto,
su lecho serán cuando se les ordene.

Pueden detestar su empleo, empero,
jamás podrán renunciar a él.

Detestan ayudar, envidiosas quieren dormir,
únicamente a la desidia eligen,
las tiernas hijas de la mezquindad.

Caridad

Una mano extendida, cubierta por llagas

Cabal

El hombre que pretende llamarse íntegro debe preservar cierto sentido de templanza en cada uno de los segundos que se determine a vivir, jamás, a riesgo de hacerse llamar intemperante, podrá acudir al llamado de los más primarios e innobles de los instintos que requieran de una humanidad para manifestarse.

El hombre, si quiere conservar la honradez con la que nació, debe mantenerse tan distante de toda humanidad como le sea posible, todo lo que hacen los demás es buscar una forma de corromper la realidad para disminuir sus propios esfuerzos.

El hombre que desea llegar a alguna parte debe caminar con rectitud; no sólo su actuar, su pensamiento debe ser igualmente tan directo como se lo permita su intelecto; si encuentra desviación alguna, lo único que eso implicaría es que el hombre es tan estúpido que es incapaz de llegar al discernimiento de lo que es correcto.

El hombre que busca ser justo debe entender que la naturaleza del mundo hace imposible que la justicia prevalezca, por tanto, al intentar perseverar con ese infantil sentido de justicia, se terminará entre la impotencia y la desolación.

El hombre, en fin, que quiere ser cabal, debe rendirse, todo intento le conducirá a la misma ruina en la que ya se encuentra; no hay instinto que pueda dejar de seguirse, no hay falsedad que no pueda propagarse, ni verdad que pueda resistirse, no hay camino recto que pueda transitarse.

No hay hombre que quiera y pueda llegar a mejorarse, ante la inmanencia de esta reprochable condena, todo lo que puede hacerse, en nombre de la verdad, es vengarse de la suerte, entregando a la vida todo lo contrario de lo que de ella se obtiene.

Cadalso

Me espera, mi amigo fiel, el único que siempre habría de estar ahí para mí; en ocasiones me entristece no tener la oportunidad de recompensarle, a ese preciado compañero, todos los años que ha esperado para verme, me alegra el pensar que mi compañía le será suficiente.

Tan sólo eso le daré a quien nada pide, una simple presencia, que todos tenemos y que a algunos nos sobra, la verdadera amistad, con eso se basta, con una entrega invaluable, con el sacrificio de nuestro tiempo.

Le hago esperar ahora, no es mi intención, es entendible que yo no sea quien decide, de ser así, me entregaría de inmediato a socorrer el extendido brazo de esa fiel permanencia.

Realmente, muchos adjetivos podrían utilizarse para definirle, creo, sin embargo, que el más indicado de todos ellos es el que lo refiere como noble; esa nobleza insospechada en alguien de su carácter, su férrea determinación se percibe en cada parte de su estructura, todo él es seriedad.

Se llama paz, esa seguridad que reconforta siempre, por más tranquila que esté la situación, es esa calma que se transmite por la desinteresada compasión de quien le hospeda.

Él es tan humilde como se lo permite su profesión, rodeado de aplausos no se inmuta ante la natural necesidad de inclinarse, se mantiene, amparando bajo su cansado cuerpo el sueño definitivo de quienes, como yo, tenemos la increíble dicha de llamarnos sus amigos. Me llaman ya, podré conocer finalmente al salvador de todos los desconocidos, escribo esto en caso de volver.

Calcinar

Despavorido huye de inminente sentencia que sobre él ha recaído, cree tener un lugar al cual llegar, su miedo le impide pensar claramente, lo que es evidente en vista de la magnitud de su esperanza, aún cree que puede correr más rápido que el fuego.

Es siempre curioso pensar en los pensamientos que tiene un hombre antes de morir, cuando no es lógico el que piense todavía; pero claro, los descarados como éste abundan, pululan por estas calles que sólo la longitud de la destrucción puede llenar, esquinas en las que habita la miseria.

Corre todavía, en verdad cree que aún puede salvarse, este hombre nació condenado, tan sólo eso debe entender y no lo entiende y se cansa, sin ver que le persigue su liberación.

¿Cuál será la necesidad de este desdichado? Es incomprendible el que quiera preservar esa desdicha, cuando tiene la posibilidad de sosegar sus esfuerzos y entregarse de lleno a quien todo lo calma.

Reposo, de eso escapa, se esconde de la placidez de la extenuación, resulta abstruso el ideal que sigue quien ya no puede seguir; debería de dejarse consumir por la plenitud del que comprende que el desfallecer de vez en cuando es humano, que la excesiva demanda de alientos es desalentadora para quien sea.

Lo entiende al fin, ya no respira, finalmente fue alcanzado por la lucidez de ese devoto filántropo, que a todos ama y a todos persigue, y a todos alcanza, para compartir con ellos la prosperidad de su sabiduría; ahora por fin lo entenderá, es imposible que no lo vea aún, sólo deber cerrar los ojos y dejarse llevar a un lugar habitado por la serenidad del descanso.

Callar

En estos momentos suelo decir “usted entenderá”, fue hace muy poco que se me ocurrió el hecho de que, en verdad, muchos no entienden, están pensando en algo que no debería de pensar nadie, se imaginan todo tipo de posibles escenarios para su liberación.

Pocos realmente entienden, y lo hacen a medias, bien sabrá que la necesidad agosta a la inquietud, y todo lo que tienen en común mis invitados es que están necesitados.

Necesitan guardar silencio, si tan sólo lo entendieran; las personas sienten un instintivo impulso de hacerse notar, de sentirse comprendidos, cuando son pocos a los que la naturaleza ha seleccionado para que los escuchen.

La razón pura, ella debería ser oída, nada más; lo otro es ruido, bulliciosa interferencia que limita a la verdad y le impide propagarse.

MI ocupación es sensata, de mí se dirá que corto lenguas, esto no es cierto, del todo; yo silencio, yo propago el mutismo al comprender que no tengo don alguno con el que obsequiar a mis víctimas.

No llore, eso me molesta, el lamento nace para ser suprimido, esa es su única función, lo que logrará al seguir quejándose es aumentar la fuerza de mi fúrico desdén; lo que ha de pasar, pasará, de usted depende el cómo y el cuánto con los que ha de pasar.

Lo más conveniente, para ambos, es el que usted se reserve su dolor, ocultando todo indicio de un posible reclamo, puesto que esto me altera en sumo grado, es como si mi discurso fuese inútil, todo lo que pido es una sutil colaboración y nada más, así todo sería más fácil para todos, como usted entenderá.